

POLONIA, VICTIMA DEL ACUERDO GERMANO-SOVIETICO DE 23 DE AGOSTO DE 1939

Ramón SALAS LARRAZABAL
General de Brigada del Ejército del Aire
De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

España y Polonia

CUANDO el 21 de agosto de 1939 se supo en el mundo que Ribbentrop había salido hacia Moscú para firmar un pacto de asistencia mutua y no agresión con la Unión Soviética, nadie quería dar crédito a lo que parecía estar en flagrante contradicción con las ideas de Hitler expresadas en «Mein Kampf» y con la irreductible oposición entre el nacional socialismo y el comunismo.

Gobiernos, cancillerías y pueblos, no salían de su asombro, y sin embargo no era la primera vez que germanos y rusos se ponían de acuerdo para establecer unas fronteras comunes en la fluida línea divisoria que separa a las civilizaciones que Toynbee identifica como occidental y ortodoxa rusa.

Polonia era siempre la víctima de estos acuerdos contra natura que debilitaban o eliminaban la marca oriental de la Cristiandad, firme baluarte secular que ponía freno a los intentos agresivos de bizantinos, tártaros, turcos, mongoles y eslavos ortodoxos.

Cumplía Polonia en Oriente una función similar a la que cupo a España en Occidente y de ahí el que, aunque las relaciones entre nuestros dos pueblos no hayan sido nunca importantes, dada su lejanía, existiera entre ellos una profunda corriente de sim-

patía que afloraba muy especialmente en los momentos en que aquel país sufría la concéntrica agresión de los pueblos asiáticos, a los que cerraba el paso hacia Occidente, y de los que, en complicidad con ellos, les hacían el juego dándoles como prenda de paz parcelas, cada vez mayores, de su territorio. Fue Carlos III el único monarca europeo que protestó y se opuso, aunque sin éxito, al primer reparto de Polonia en febrero de 1773.

Según el profesor Otero Pedrayo, «Durante el siglo XVI, Polonia ejerce la hegemonía en el dilatado espacio báltico del mismo modo que España la detenta en Occidente» y añade: «Ambos países luchan por los mismos ideales: el triunfo de la causa del catolicismo; y en su decadencia a partir de la centuria siguiente hay también un punto de contacto: el desplazamiento del centro de gravedad política hacia los países protestantes. En el caso de Polonia, a Suecia» (1).

Por su parte el famoso geógrafo Vidal de la Blache, escribe: «El reino polaco ha sido una de las agrupaciones políticas formadas por la Edad Media en los confines del Oriente europeo, en esa zona inestable, combatida todavía hasta el comienzo de los tiempos modernos por las últimas olas de la borrasca de las invasiones asiáticas. La tradición nacional y la tradición apostólica han sido el principio espiritual de su fuerza. Su ideal político ha sido dominar todo el istmo Báltico-Mar Negro; su verdadero destino defender la línea divisoria de las aguas en toda la cuenca del Vistula donde todas las influencias del Oriente y del Occidente casi se equilibran unas con otras» (2).

Este destino histórico enfrentó secularmente a Polonia con la Rusia ortodoxa, la Turquía musulmana y las hordas asiáticas de tártaros y mogoles, gigantesco esfuerzo que se vio entorpecido y a veces anulado por el empuje de los pueblos germánicos, que siempre quisieron absorber esa marca oriental, vanguardia de la Cristiandad.

No fue diferente el de nuestra nación, que al otro lado de Europa aceptó la misión de poner freno a la expansión del Islam, que

(1) «Geografía Universal. Descripción moderna del mundo». Dirigida por Ramón OTERO PEDRAYO. Tomo II (Europa II), p. 433. Instituto Gallach. Barcelona, 1952.

(2) «Geografía Universal». Dirigida por Pablo VIDAL DE LA BLACHE. Tomo V, p. 307. Montaner y Simón. Barcelona, 1932.

ocupó la práctica totalidad de la Península Ibérica durante algunos decenios y gran parte de su suelo durante centurias.

Ambas naciones sirvieron más los altos fines de la propagación y la defensa de la Fe que sus propios intereses nacionales, y así como el historiador Grappin se lamentaba de que «*con una generosidad magnífica, pero realmente peligrosa, Polonia se olvidaba de sí misma para no pensar sino en el enemigo común de la Cristiandad*» los españoles hemos reprochado a nuestros austrias que hicieran lo mismo, pero tal vez esté en lo cierto Luszcienski cuando se pregunta: «*Pero, ¿acaso en esta peligrosa generosidad no está la esencia del alma de Polonia y su razón de ser?*» (3). Ante un interrogante similar muchos españoles, refiriéndose a su patria, han respondido afirmativamente.

Ese desprendimiento puso en grave riesgo la supervivencia de Polonia, que varias veces desapareció como Estado, y la de España, que si logró sobrevivir fue porque tiene algo de lo que carece aquélla: unas fronteras naturales tan definidas como los Pirineos y el mar.

A pesar de eso existe un paralelismo entre los repartos de que fue víctima Polonia en los siglos XVIII, XIX y XX y los que, con menor fortuna, intentaron en esas mismas centurias y en la anterior, hacerse de España.

En la paz de París, de 1656, perdimos definitivamente los condados catalanes del Rosellón y la Cerdaña, que nos arrebató Francia. Durante los últimos años del reinado de Carlos II y previendo lo que habría de suceder a su muerte sin sucesión, las potencias europeas llegaron a estudiar hasta tres proyectos de reparto de las posesiones de la corona de España e incluso de su territorio peninsular. En la paz de Utrech perdimos Gibraltar, que aún no hemos recobrado, y Menorca; y ya en el siglo pasado Napoleón decidió sin éxito, llevar la frontera francesa al Ebro.

Polonia, sin fronteras naturales, empujada por el norte por suecos y prusianos; por el oeste por austriacos; por el sur, aunque

(3) M. LUSZIENSKI: «*Historia de Polonia*». Editorial SURCO, 1945, p. 77. Cita a «*Histoire de la Pologne*» de Henri GRAPPIN.

protegida por los Cárpatos, por los turcos, que llegaron a invadir la llanura; por el este por los moscovitas, a partir de los sucesos de Iván el Terrible, zares de todas las Rusias, y desgarrada por querellas internas, vio cómo su supremacía en aquellos espacios cedía ante el creciente empuje de esta nueva gran potencia que aspiraba a incluir en su imperio a los eslavos de occidente.



J. U. NIEMCEWICZOWI POSWIECA ZIOMEK A. O.

Tadeo Kosciuszko, héroe de la independencia de Polonia (1746-1817)

Los repartos de Polonia

Pero no pararían ahí las ambiciones de los rusos que aspiraban, según dejó escrito Pedro I en su testamento, a «*la dominación general de Europa*». Como paso previo para lograrla indicaba que

sería preciso «*dividir Polonia fomentando los trastornos y discordias civiles; conquistar a la alta nobleza a peso de oro; influir en las Dietas, corromperlas a fin de tomar parte en las elecciones de los Reyes; hacer nombrar a nuestros partidarios, protegerlos y hacer entrar y permanecer a las tropas moscovitas hasta que llegue la ocasión de establecerse definitivamente. Si las potencias vecinas opusieran alguna dificultad, apaciguarlas momentáneamente, dividiendo el país, hasta que pueda volverse a tomar todo lo que se haya dado*» (4).

Catalina llevaría a cabo la primera parte de ese programa en los tres sucesivos repartos de 1772, 1792 y 1795 que dieron fin al Estado polaco, cuyos despojos se distribuyeron prusianos austriacos y rusos; sus soberanos, antagónicos, hostiles, de distinta religión y temperamentalmente incompatibles, no dudaron en ponerse de acuerdo para repartirse el «bizcocho polaco» bajo la dirección de Catalina que, naturalmente, se quedó con el trozo mayor.

Estas alianzas contra natura, verdaderas traiciones a Europa por parte de los pueblos germánicos, no serían más que un antecedente de otras no menos perniciosas que señalarían un trágico precedente a la germano-soviética de 23 de agosto de 1939. También Francia, la teóricamente defensora secular de Polonia, caería en la tentación de entenderse con los rusos a su costa. Napoleón, para contentar a los rusos, se limitó a crear el Gran Ducado de Varsovia, sin llegar a restaurar un auténtico Estado Polaco, y en Tilsit pagó la alianza con el zar con antiguos territorios europeos: Finlandia, Besarabia y los Principados del Danubio. Aceptó esas exigencias rusas aunque no llegara a ceder Constantinopla y los Estrechos (5).

El Gran Ducado, constituido por las provincias que en el primer reparto pasaron a dominio prusiano, se concedió al Elector de Sajonia, tuvo una vida efímera y el Congreso de Viena sancionó su desaparición entregando a Prusia el que se llamó Gran Ducado de Posen y todo el resto al Imperio ruso que lo convirtió en el reino vasallo de Polonia. Austria recuperó Galitzia, que había perdido en 1809, y Cracovia, se declaró ciudad libre bajo la protec-

(4) M. LUSZIENSKI: *ob. cit.*, pp. 201 a 204.

(5) Grigori GAFENCU: «*Guerra en el Este. Sus preliminares. Del acuerdo de Moscú (21 de agosto de 1939) a las hostilidades con Rusia (22 de junio de 1941)*», pp. 41 a 44.

ción de las tres potencias, aunque su libertad teórica duraría poco pues Austria la incorporaría a su Imperio en 1846. Polonia desaparecía de nuevo.

Sin embargo los polacos no renunciaban a su patria ni a reconstituir un estado nacional y el espíritu de independencia se mantuvo vivo a pesar de la dura represión que siguió a la gran insurrección de 1830, y de los reiterados intentos de rusos y prusianos por rusificar y germanizar sus respectivas zonas de ocupación.

La despolonización se apoyó fundamentalmente en una dura persecución religiosa que provocó una no menos viva reacción que aumentó el prestigio del clero católico y de la idea nacional que llegaron prácticamente a fundirse. Catolicismo y patriotismo eran la expresión viva de la nación y poco pudieron contra ellos las leyes de colonización, la expulsión de numerosos polacos, obligados a emigrar y el reparto de tierras, adjudicadas a rusos o alemanes, según los casos, que en ciertas provincias llegaron incluso a invertir la proporción de las poblaciones (6).

La Polonia austriaca fue mucho mejor tratada. La común religión católica le permitió conservar intacta su identidad cultural y gozar de una amplia autonomía, hecho que la transformó en centro de atracción de los patriotas, muchos de los cuales creyeron ver una solución en la restauración de una Polonia integrada en el Imperio Austro-Húngaro.

No obstante, en las otras Polonias irredentas, surgieron dos importantes partidos independentistas: la Liga Nacional, en la que militaron los hombres que forjarían la nueva Polonia —Pilsudski, Wojciechowski y Moscicki—, todos los cuales llegarían a ser presidentes de la República, y el Partido Nacional Demócrata, liderado por Dmowski, éste de tendencia conservadora y aquél socialdemócrata.

La Guerra Europea estimularía las esperanzas de unos y otros, que se dividieron según sus simpatías, o, más bien, en función de lo que creían las mejores expectativas para conseguir la restauración de Polonia.

(6) M. LUSZIENSKI: *ob. cit.*, pp. 318 a 321.

Pilsudski, el gran héroe nacional, puso su confianza en Alemania, en la creencia de que el enemigo era ruso; Dmowski, heredero de la secular francofilia polaca, puso su esperanza en los aliados y los demócratas galitzianos se mantuvieron leales al Imperio Austro-Húngaro. Naturalmente todos los contendientes trataron de atraerlos a sus filas. El Gran Duque Nicolás lanzó una proclama a todos los polacos ofreciéndoles una Monarquía autónoma y conductas similares observaron alemanes y austriacos. Pilsudski organizó en Galitzia las «Legiones Polacas» y creó un auténtico ejército que luchó junto a los alemanes pero de los que se separó al negarse a prestar juramento de lealtad al Kaiser, por lo que fue apresado y encarcelado en Magdeburgo. En Francia se organizó otro Ejército polaco que reconoció como representante legítimo de Polonia al Comité Nacional que estableció en París Dmowski y al que se uniría el famoso violinista Paderewski que proclamó en los Estados Unidos el nacimiento de una Polonia libre y unida a la que el Presidente Wilson reconoció su derecho a existir en su mensaje de 22 de enero de 1917.

Pero quien de hecho concedió la independencia a Polonia fue Alemania, al permitir el 12 de septiembre de 1917 la constitución de un Consejo de Regencia, formado por el Arzobispo Kakowski, el Príncipe Lubomirski y el Sr. Ostrowski, que formaron un Gobierno provisional presidido por Kucharzewski.

El triunfo de la revolución bolchevique, y la paz germano-rusa de Brest-Litovski, con el nacimiento de la República de Ucrania, renovó el acuerdo entre austriacos, alemanes y rusos a costa de Polonia en el momento en que los aliados reconocían plenamente su derecho a constituir una República independiente y unida con acceso al mar, como se establecía en el punto 13 del mensaje de paz de Wilson, y en Varsovia dimite Kucharzewski, sustituido por Steczkowski.

Apenas firmado el armisticio por el que los imperios centrales aceptaban su derrota, Pilsudski llega a Varsovia y el 10 de noviembre de 1918 el Consejo de Regencia le designa Presidente de la naciente República Polaca. Meses más tarde, el 9 de febrero de 1919, la Dieta o Sejm confirma su nombramiento, poniendo al frente del

Gobierno a Paderewski, con lo que se llega a un acuerdo entre las dos Polonias (7).

El tratado de Versalles fijó las fronteras del nuevo Estado con Alemania, aunque dejando la suerte de la Prusia Oriental y de la Alta Silesia, pendiente de un plebiscito que habría de celebrarse el 20 de marzo de 1921. La frontera con las naciones surgidas de la destrucción del Imperio Austro-Húngaro se establecieron en el tratado de Saint Germain el 10 de septiembre de 1919 y en él la Galitzia Oriental quedaba bajo la administración polaca hasta que un plebiscito, a celebrar en 1944, decidiera su suerte definitiva.

Por Oriente aparecían la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y las Repúblicas de Lituania y Ucrania y la situación quedaba totalmente indeterminada, pues aunque los aliados habían aprobado la que se llamó «*Línea Curzón*», los polacos distaban mucho de aceptarla.

En abril de 1919, es decir, antes de que se firmara la paz de Versalles, el Ejército polaco, del que eran núcleo central los 80.000 hombres que el General Haller había repatriado de Francia, conquistó Vilna, la capital de la naciente República Lituana, tal vez con la idea no sólo de incorporarla a Polonia, sino con la de reconstituir la histórica Confederación lituanopolaca que hiciera grande a ese Estado en siglos anteriores (8).

(7) El deseo de los en aquel momento triunfantes imperios centrales era reconstruir la Monarquía polaca y de ahí el que propiciaran la creación de la Regencia. Formaron parte de ella A. von Kakowski, Arzobispo de Varsovia; el príncipe Lubomirski, alcalde de la ciudad, y el político José von Ostrowski. La paz de Brest-Litovski, por la que se otorgaban a Ucrania comarcas que reivindicaban los polacos, hizo que éstos se apartaran de Alemania. Pilsudski fue detenido y encarcelado y el General Haller se evadió por mar a Francia con su legión. Cuando meses más tarde Alemania se derrumbó todas las diferentes fracciones políticas lucharon por la conquista del poder en Polonia. En Cracovia se proclamó la República Popular y se nombró Jefe de Gobierno a Dazynski; Moraczewski, por su parte, hizo lo propio en Varsovia, contando con el apoyo de Pilsudski, y en París, Paderewski. Finalmente el Consejo de Regencia resignó sus poderes en Pilsudski, que fue nombrado presidente provisional de la República y que designó a Paderewski Jefe de Gobierno, también con carácter provisional hasta que decidiera la Asamblea Constituyente que habría de confirmar esos nombramientos en febrero de 1919.

(8) Las tropas polacas entraron en Vilna el 20 de abril de 1919 pero se vieron obligadas a evacuarla en julio de 1920 ante el empuje de los soviéticos que la cedieron a Lituania. El 9 de octubre de ese mismo año, el General Zeligowski, a iniciativa propia, reconquistó la ciudad, que permanecería en adelante en poder



Ormelin Sculp.

THE TWELFTH | LE GÂTEAU
CAKE. | DES ROIS.

Sold by Robt. Sayer N° 53. in Fleet Street.

se trouve à Paris chez le Citoyen rue S^t Etienne des Grands.

Estampa satírica sobre el reparto de Polonia

Conscientes de su fuerza y de la debilidad de los soviets, Pilsudski se adentró al frente de sus tropas en Ucrania y el 7 de mayo de 1920 conquista Kiev, restaurando la antigua Polonia al llevar su frontera hasta el Dnieper, pero el Ejército rojo, vencedor de los blancos, reacciona con vigor y no sólo reconquista todo el suelo ucraniano sino que invade Polonia llegando hasta Varsovia, que es defendida enérgicamente por Pilsudski que derrota a los rusos obligándoles a pedir la paz (9).

La nueva República Polaca

En ese momento se iban a establecer con carácter definitivo las fronteras del nuevo Estado. El 11 de junio de 1920 se celebra el plebiscito que habría de decidir la futura suerte de Prusia y Silesia y su resultado es netamente favorable a Alemania, aunque en esta región los partidarios de Polonia son muy numerosos (707.000 votaron por su incorporación a Alemania y 479.000 por su integración en Polonia). Ello motivó que la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores decidiera su división adjudicando a Polonia su parte oriental, a Checoslovaquia el distrito de Teschen, que reivindicaban los polacos, que no quedaron muy satisfechos, y el resto a la República de Weimar.

Casi simultáneamente, el 12 de junio de 1920, se llegó a un acuerdo entre Lituania y la URSS por el que Vilna, ocupada por el Ejército rojo, se transfería a aquélla, pero los polacos no aceptaron ese convenio y después de una breve campaña volvieron a conquistarla, hecho reconocido en la paz de Riga de 18 de marzo de 1921, en la que se situó la frontera polaco-soviética, muy a oriente de la Línea Curzón y dejando dentro de su territorio una fuerte minoría de rusos blancos.

de los polacos. La Sociedad de Naciones nombró una comisión mixta, presidida por el belga Huysmann, que propuso la creación de un Estado federativo con las provincias de Kowno y Vilna, dentro de Polonia, con lo que renacería la tradicional unión lituano-polaca, pero después de prolongadas sesiones que se celebraron entre el 20 de abril y el 3 de junio de 1921, el problema quedó sin resolver y se encontró creando una fricción que tardaría en resolverse pues Lituania se negaba a reconocer la situación creada. La ciudad era la capital histórica de Lituania, pero en el transcurso de los siglos se polonizó y su población era mayoritariamente polaca.

(9) A las órdenes de Pilsudski se distinguieron en la defensa de Varsovia los generales que habrían de sucederle al frente de la nación: Rydz-Smigly, su hombre de confianza, y Sikorski, su antagonista en 1926.

La nueva República Polaca, que había recibido Constitución la víspera, nació con problemas importantes. La ciudad libre de Danzig, con población muy mayoritariamente alemana, el corredor que la daba una precaria ventana al Báltico y que separaba la Prusia Oriental del resto de Alemania; la frontera con Checoslovaquia, que consideraba perjudicial al incluir en esta nación al distrito de Teschen y una frontera oriental, que le era muy favorable pero que no satisfacía ni a Lituania, que perdía su histórica capital, ni a la Unión Soviética, que aspiraba a recobrar sus provincias occidentales.

Sin embargo todos ellos parecían definitivamente resueltos con el sistema de seguridad colectiva, basado fundamentalmente en los tratados francopolaco de 1921, el de Locarno de 1925 y el de Briand-Kellogg de 28 de agosto de 1928, que garantizaban las fronteras surgidas de la derrota de Alemania y de la desmembración de los imperios Austro-Húngaro y Turco, y que funcionó satisfactoriamente hasta que Hitler fue nombrado Canciller de Alemania el 30 de enero de 1933.

En ese momento en Polonia dominaba la situación el Mariscal Pilsudski. La renacida nación había recaído en los males que hicieron su desgracia en el siglo XVIII y el Mariscal quiso poner fin a la ingobernabilidad a que habían llevado las disensiones partidistas con un golpe de Estado que le hizo dueño del poder en mayo de 1926. La Dieta le nombró Presidente de la República, cargo que había abandonado cuatro años antes, pero no lo aceptó aunque quedó árbitro de la situación al reservarse el Ministerio de la Guerra y la dirección del Ejército. Cuando era necesario se hacía nombrar Jefe de Gobierno y en todo momento dirigió el que se llamó *«Bloque no partidista de colaboración con el Gobierno»*.

Ante su renuncia se designó a Moscicki, su íntimo colaborador desde la formación de la «Liga Polaca» en 1886, y el Estado se configuró con un carácter autoritario aunque no totalmente dictatorial.

Pilsudski propició en el interior una política socialdemócrata y en el exterior una aproximación a sus dos poderosos vecinos: la Unión Soviética y la Alemania hitleriana, con los que firmó sendos pactos de «no agresión». El 25 de agosto de 1932 con la URSS y el 26 de enero de 1934 con Alemania.

Su obra se completó con la aprobación de una nueva Constitución, que se promulgó el 24 de abril de 1935. En ella se otorgaba al Inspector General del Ejército, es decir, a él, el rango de segunda autoridad de la República, inmediatamente posterior a la del Jefe del Estado, pero superior a la del Presidente del Gobierno, con lo que el Ejército quedaba como árbitro de la situación. Un mes más tarde el Mariscal moría de cáncer de estómago y con él desaparecía el auténtico creador y consolidador de la República. Esto sucedió el 2 de mayo de 1935 y su puesto de Inspector General del Ejército lo heredó el Mariscal Rydz-Smigly.

Las relaciones germano-polacas parecían excelentes después de que Hitler y Pilsudski firmaran el Pacto por el que se comprometían a resolver cualquier problema entre ellos de forma pacífica. El Dictador alemán había dicho en el Reichstag el 17 de mayo de 1933: *«Somos ajenos a la mentalidad del siglo anterior, a favor de la cual se imaginaba transformar a polacos y franceses en alemanes. Del mismo modo nos levantamos con pasión contra toda tentación contraria. Consideramos a las naciones que nos rodean como unos hechos. Los franceses, los polacos, etc., son nuestros vecinos y sabemos que no hay suceso histórico imaginable que pueda cambiar esa realidad»* (10).

En opinión del historiador suizo Eddi Bauer, el Canciller alemán, al reconocer a franceses y polacos su derecho a constituir estados nacionales, reivindicaba el de los alemanes a reunirse en un único Reich. El Gran Tercer Reich con que soñaba.

Pero la ambición de Hitler iba más allá aunque, de momento, no lo manifestara. El 5 de noviembre de 1937 puso en conocimiento de los entonces Jefe del Ejército alemán y del Ministro de Asuntos Exteriores su decisión de recurrir a la violencia *«para poder dar solución al problema alemán»* que no consideraría resuelto hasta liquidar en un primer paso a Austria y a Checoslovaquia y en segundo a Polonia. En su opinión eso establecería las bases de partida para una guerra que, dado el grado de preparación de Alemania, debería empezar *«a lo más tardar en 1943-1945»*. Como sus in-

(10) Ministerio de Asuntos Exteriores de Polonia. *«Les relations polono-allemandes et polono-soviétiques au cours de la période 1933-39. Recueil de documents officiels»*. París, Flammarion, 1940, núm. 3, pp. 34-36.

terlocutores pusieron reparos, todos ellos, excepto Goering, que naturalmente estaba de acuerdo, fueron destituidos (11).

Siguiendo el plan anunciado, en marzo de 1938 invadió Austria. En el mismo mes del año siguiente consumó la desaparición del Estado checoslovaco creando el protectorado de Bohemia y Moravia, y dando la independencia a Eslovaquia, aunque sometida a la protección alemana; después de haber incorporado directamente al Reich los territorios sudetes, a Hungría la Rutenia transcarpática y toda la zona sur de Eslovaquia y a Polonia, que también participó en el reparto, el distrito de Teschen, que ocupó el 1 de octubre de 1938, inmediatamente después del pacto de Munich (12).

Hitler jalonaba cada una de estas incruentas conquistas con una solemne declaración de que suponían su última reivindicación, pero no tardaba mucho en presentar la siguiente y así sucedió también a Polonia.

Cuando se produjo la grave crisis de septiembre de 1938, resuelta con la virtual rendición franco-británica, entonces faltas absolutamente de preparación, la Unión Soviética propuso la apertura de negociaciones militares con Francia, pero inútilmente. Los británicos no querían ver tropas soviéticas en el centro de Europa y ya cinco meses antes habían avisado a Francia de la posibilidad de un pacto germano soviético (13).

(11) Eddi BAUER: «*Historia controvertida de la II Guerra Mundial*». Tomo I, pp. 51-52. Los interlocutores de Hitler eran: von Fritsch, Comandante en Jefe del Ejército; Goering, Comandante en Jefe de la Luftwaffe; von Blomberg, Ministro de la Guerra, y von Neurath, Ministro de Asuntos Exteriores. Actuaba de Secretario el Coronel Hossbach, que dejó su testimonio ante el Tribunal de Nuremberg.

(12) Checoslovaquia, país muy centralista desde su nacimiento, se vio obligado a conceder la autonomía a Eslovaquia y Rutenia el 19 de noviembre de 1937, pero tan tardía medida no satisfizo y el 7 de octubre de 1938 Monseñor Tiso formó un gobierno autónomo que reclamó más amplios poderes. El Presidente Hacha respondió destituyéndole e Hitler, decidido a dar fin a la existencia del Estado checoslovaco, envió a Praga y Bratislava un ultimátum el día 13. Al siguiente Tiso proclamaba la independencia de su nación. Volodine, Jefe del Gobierno autónomo de Rutenia, pidió la garantía alemana para su país pero Hungría lo invadió y ocupó el día 15.

(13) *Documentos Diplomáticos Franceses* (DDF). Tomo IX (21 de marzo a 9 de junio de 1938). Documento núm. 220: Despacho confidencial de Roger Cambón, encargado de negocios de Francia en Londres a Georges Bonnet, Ministro de Asuntos Exteriores, dándole cuenta de una conversación mantenida el día anterior en Downing Street sobre la posición franco soviética. Página 461.

La Unión Soviética por su parte, si se da crédito a las tesis sostenidas por la «*Historia de la U.R.S.S.*», redactada por la Academia de Ciencias de Moscú, se mostró dispuesta a actuar en defensa de Checoslovaquia de acuerdo con las condiciones del pacto de ayuda mutua, «*que obligaba a Francia a intervenir simultáneamente*» y que al negarse ésta hizo saber al Presidente Benes que estaba dispuesto a intervenir aunque Francia no lo hiciera a condición de que solicitara oficialmente ayuda, propuesta que rechazó el Presidente checoslovaco (14).

Sea o no cierta esta versión, sí lo es que Polonia asistió complacida a la desmembración de Checoslovaquia y que no deseaba en absoluto ver al Ejército rojo en su frontera sur. Mucho temía la amenaza alemana pero no menos la de su poderoso vecino del Este, y eso a pesar de que ya el 24 de octubre de 1938 Ribbentrop había planteado a Lipsky, su embajador en Berlín, el problema de la ciudad libre de Danzig y de las comunicaciones entre las dos partes en que el territorio polaco dividía al alemán. Pedía la vuelta al Reich de la ciudad libre y la autorización para construir una autopista y una vía férrea a través del «pasillo» a cambio de lo cual Berlín garantizaría a Varsovia ventajas económicas, libre uso del puerto y prolongaría hasta 25 años los diez de vigencia del pacto de 1934 (15).

La presión hitleriana en 1939

Polonia pasaba a ser el nuevo objetivo de Hitler, y la Unión Soviética, a pesar de estimar que la hostilidad que había manifestado hacia Checoslovaquia ponía en peligro el tratado de 1932, renovado en 1934, dio seguridades al Gobierno de Varsovia de que nada tenía que temer de Moscú.

La presión de Alemania se fue haciendo cada vez más intensa y alcanzó un alto grado el 5 de enero de 1939 cuando el Coronel Beck oyó de boca del propio Hitler, que le había citado en Berchtesgaden, las mismas exigencias que anteriormente se habían planteado a su Embajador en Berlín.

(14) Academia de Ciencias de la URSS. «*Historia de la URSS*». Grijalbo, México, 1958, p. 503.

(15) Eddi BAUER: *Ob. cit.*, pp. 81 y ss.

El Gobierno polaco no estaba dispuesto a transigir y mantuvo sus puntos de vista cuando el 26 de enero Ribbentrop visitó Varsovia para celebrar el quinto aniversario del pacto germano-polaco, ocasión en la que el ministro alemán presionó a Beck apremiándole para que se adhiriera al pacto «antikominter», aunque infructuosamente (16).

El dogal con que Alemania quería ahogar a Polonia se iba cerrando y la inquietud del Gobierno de Varsovia creció sobremedida cuando Eslovaquia permitió la entrada de tropas germanas en su país y Lituania devolvió a Alemania el territorio y puerto de Memel el 20 de marzo de 1939. Al día siguiente, Ribbentrop reiteraba, en tono conminatorio, las peticiones alemanas. Al parecer no había otra solución que la de enfrentarse a la posibilidad de una guerra.

Y eso mismo pensaba Hitler, que el 3 de abril tomó la decisión de resolver el «caso polaco» antes de que terminara el año, por las buenas, si los polacos cedían antes del 1 de septiembre, o por las malas, en caso contrario. En ese sentido ordenó que se preparasen las operaciones «*Fall Weiss*», nombre que recibiría la invasión de Polonia (17).

Francia y Gran Bretaña, que habían reafirmado su asistencia mutua en enero y febrero de 1939, decidieron el 31 del mes siguiente oponerse a todo nuevo avance hitleriano. Ambas potencias garantizaron la integridad de Polonia y trataron de conseguir una declaración conjunta de sus gobiernos y de los de este país y la Unión Soviética para extender la garantía a Holanda, Suiza, Rumania, plan al que se opuso aquélla por entender que su política exterior descansaba en la vigencia de los pactos que le ligaban con Alemania y la Unión Soviética.

(16) Eddi BAUER: *Ob. cit.*, p. 87. Beck pretextó un «enfriamiento» para interrumpir las conversaciones y, según su mujer: «*Durante el viaje de regreso, mi marido, por primera vez, dijo a sus colaboradores: para evitar el cerco, el único recurso que tenemos de aquí en adelante es el entendimiento con los rusos.*».

(17) Eddi BAUER: *Ob. cit.*, pp. 120-122. Hitler no preveía la guerra pero ordenaba su preparación. En tal caso todo debía estar dispuesto antes del 1 de septiembre. José María Areilza dijo este verano en la Universidad Complutense en El Escorial que el Rey Alfonso XIII tuvo conocimiento de esta decisión y se lo transmitió con el ruego de que diera noticia de ella a Franco. Areilza formaba parte de la delegación española que acompañó al CTV cuando fue repatriado.

Los gobernantes de Moscú, según la historia oficial de la Academia de Ciencias Soviéticas, «no deseando desperdiciar ni una sola posibilidad, por leve que ella fuere, de defender la paz y de organizar la resistencia colectiva contra el agresor, presentó sus contrapropuestas que consistían, principalmente, en que la U.R.S.S., Inglaterra y Francia se obligaran mutuamente: primero a prestarse entre sí la ayuda, incluyendo la de carácter militar, en caso de que cualquiera de las tres partes contratantes fuese agredida en Europa; segundo, las tres potencias se comprometerían a prestar la misma ayuda a todos los estados de la Europa oriental fronteriza con la U.R.S.S. y situados entre el Báltico y el Mar Negro, a saber: Finlandia, Estonia, Letonia, Polonia y Rumania; tercero, la propuesta soviética preveía que Inglaterra, Francia y la U.R.S.S. se obligarían a establecer con toda precisión y lo antes posible las formas y proporciones de la ayuda militar que, en su caso, habría de prestar cada uno de los tres estados» (18).

El 10 de abril los franco-británicos propusieron que el pacto de asistencia mutua fuera solamente en favor de Rumania y Polonia, pues las restantes naciones rechazaban la garantía que se les ofrecía y no deseaban, pero Moscú insistió el 19 de abril en que cualquier tratado debía incluir seguridades para los estados bálticos y para ella misma.

Las conversaciones continuaron pero mientras tanto Stalin ya había puesto en marcha su propósito de llegar a un acuerdo con Hitler. El 17 de abril, Marekalov, su embajador en Berlín, en conversación con Von Weizsacker, planteó la forma en que habrían de servirse a la Unión Soviética los pedidos de material que ésta había cursado a las fábricas Skoda de Pilsen, ahora en poder de Alemania, y «el futuro de las relaciones mutuas», lo que parecía una propuesta firme que auguraba cambios profundos y que hizo que los alemanes abrigaran la esperanza de que se podría producir una inversión diplomática verdaderamente sensacional.

Tan trascendental paso pareció confirmarse el 3 de mayo cuando se anunció la destitución de Litvinov en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores y su sustitución por Molotov, un hombre de la entera confianza de Stalin, pero los soviéticos tranquilizaron a franceses y británicos asegurándoles que el relevo en Asuntos Exteriores no entrañaba ningún cambio en su política extranjera. De

(18) Academia de Ciencias de la URSS: *ob. cit.*, p. 505.

la sinceridad soviética parecía dar fe el hecho de que el 9 de mayo, Potemkin, segundo de Molotov, viajara a Varsovia, con desagrado alemán, y que prosiguieran las relaciones triangulares entre Francia, Gran Bretaña y la U.R.S.S.

Para dar contenido a la garantía franco-británica, el 15 de mayo salió para París, al frente de una amplia delegación militar, el General Kasprzycky, Ministro de la Guerra del Gobierno de Varsovia, con objeto de sostener conversaciones con el General Gamelin y el Almirante Darlan y concertar con ellos los detalles de la ayuda que recibirían en caso de agresión alemana.

Los aliados, todavía confiados en cerrar el cerco de Alemania, prometieron ayuda a Turquía y se aseguraron así, cuando menos, la benevolente neutralidad de la República que forjara Kemal Atatürk, con la que firmaron un pacto el 12 de mayo (19).

Pero Hitler proseguía sus esfuerzos para evitarlo y el 20 de mayo su embajador en Berlín, von Schulenburg, se vio agradablemente sorprendido cuando Molotov le dijo, al plantearle la forma de llegar a un acuerdo económico, que *«el Gobierno de los soviets no podrá aceptar la reanudación de las negociaciones más que cuando hubiesen sido establecidas las bases políticas necesarias a este objeto»*, aunque no consiguiera que se le aclarasen cuáles eran sus deseos, Hitler se manifestó muy pronto conforme en conocerlos y satisfacerlos (20).

La posibilidad de que quedara roto por el este y la seguridad de que lo sería por el sur, pues el 22 de mayo se firmaría en Roma el llamado «Pacto de Acero» por el que se llegaba a la alianza militar con Italia, le tranquilizaba. Satisfecho con la marcha de los acontecimientos, dio a conocer su decisión de atacar Polonia a sus más inmediatos colaboradores militares en la confianza de que esa guerra no entrañaría necesariamente un enfrentamiento con la Gran Bretaña, eventualidad que alarmaba muy especialmente a

(19) El pacto fue ampliado por el tratado anglo-franco-turco firmado en Ankara el 19 de octubre de 1919 y por el que se garantizaba la estabilidad de las fronteras en la región de los Balcanes.

(20) Las conversaciones tenían como único objeto remover los obstáculos que se oponían a la renovación de los acuerdos económicos germano-soviéticos y fue Molotov el que las supeditó a una previa negociación política, sin aclarar el alcance de ella. Ver Eddi BAUER, tomo I, p. 176.

Mussolini, consciente de la falta de preparación de sus fuerzas armadas y que quería demorar cuanto fuera posible el comienzo de la guerra (21).

A Polonia se le iban poniendo las cosas muy difíciles. A la garantía dada el 31 de marzo por el Gobierno británico respondió Hitler el 28 de abril considerando que sus términos eran incompatibles con el acuerdo germano-polaco de 1934 y que en consecuencia se debería negociar uno nuevo sobre la base de las exigencias ya manifestadas por Ribbentrop y el propio Hitler.

Mientras tanto Stalin seguía su doble juego de negociar simultáneamente con los aliados y con los alemanes. Con los primeros llega a un acuerdo básico el 24 de julio, prelude de uno definitivo de carácter militar que habría de concertarse entre las comisiones presididas, respectivamente, por el Mariscal Vorochilov por los soviéticos, el General Doumenc por los franceses y el Almirante Plumkett por los británicos (22). Estos últimos llegaron a Moscú el día 11 de agosto cuando ya estaban muy adelantadas las conversaciones germano-soviéticas, iniciadas el 29 de junio. Entre ambas fechas el embajador alemán en la U.R.S.S. había sido recibido cinco veces por Molotov y el encargado de negocios soviéticos en Berlín cuatro por los más altos dignatarios del Ministerio de Asuntos Exteriores. Las instrucciones de Molotov eran las de ultimar las negociaciones en Moscú y que éstas incluyeran aspectos económicos, culturales, de prensa y muy especialmente políticos, concretamente los relativos a la suerte de Polonia y los países bálticos.

(21) El 23 de mayo de 1939 Hitler reunió a los máximos dirigentes militares para darles a conocer su decisión. Eran Keitel, Jefe de la Wehrmacht; su adjunto Warlimont; los Comandantes de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire: von Brauchitsch, Raeder y Goering; sus Jefes de E.M.: Alder, Schniewindt y Jeschonnek, y el Secretario de Estado en el Ministerio del Aire, Milch.

(22) Según el acuerdo anglo-franco-soviético de 24 de julio de 1939 los tres gobiernos se comprometían *«a prestarse mutua e inmediatamente toda la asistencia de que dispongan en el caso de que uno de estos países llegase a verse empeñado en hostilidades con una potencia europea como consecuencia de una agresión dirigida por esta potencia o de una agresión (directa o indirecta) dirigida por esta potencia contra otro Estado europeo del cual la parte contratante interesada se estimase obligada a defender la independencia o la neutralidad contra tal agresión»*. Las naciones a que se refería se citaban expresamente en un protocolo secreto y eran: Estonia, Finlandia, Letonia, Lituania, Polonia, Rumania, Turquía, Grecia y Bélgica.

Estaba claro que Stalin se decidiría finalmente del lado de quien aceptara sus condiciones y para cuando llegaron los militares aliados a Moscú no ofrecía duda que éste sería Hitler. Las peticiones soviéticas les fueron expuestas el 15 de agosto y se concretaban en que Polonia y Rumania dejaran libre paso al Ejército rojo y en dar a Moscú manos libres en los países bálticos, incluida Finlandia.

El pacto de no agresión germano-soviético

La dificultad era casi insuperable pues Polonia se negaba terminantemente a conceder la autorización que se le pedía y se mantuvo firme en su actitud a pesar de las fuertes presiones francesas aconsejando que se aceptaran. La rotunda negativa de Beck, cursada el día 18, contrastaba con la conformidad sin condiciones de Hitler al proyecto de pacto germano-soviético y protocolo secreto adicional que Molotov entregó a Schulemburg el día 19. Al siguiente propuso a Stalin la fecha del 22 ó 23 para su firma y que para estamparla viajara a Moscú Ribbentrop, que acudiría con plenos poderes para ello.

El todopoderoso Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética fijó para el acto el día 23 y en consecuencia Ribbentrop emprendió viaje el 22 y después de hacer noche en Koenisberg llegó a la capital soviética en la fecha prevista para la celebración solemne del acto en que se selló la amistad entre los dos países.

La historia oficial de la U.R.S.S. dice que este desenlace se debió a que *«las propuestas presentadas por el gobierno francés y especialmente por el inglés, iban claramente encaminadas a imponer a la Unión Soviética determinadas obligaciones, que la arrastrarían a la guerra contra Alemania, mientras ellos conservaban las manos libres y se mantenían al margen de los acontecimientos»* y remacha: *«Que los gobiernos de Inglaterra y Francia no abrigan un deseo real de llegar a entenderse con la U.R.S.S. se vio claramente cuando, a propuesta del gobierno soviético, se iniciaron en Moscú las conversaciones entre las misiones militares de las tres potencias. El gobierno soviético proponíase que aquellas conversaciones fijaran las formas concretas de cooperación, en caso de guerra contra la Alemania hitleriana. El problema principal que a este*

propósito se planteaba era el siguiente: Como no había fronteras comunes entre la U.R.S.S. y Alemania, las fuerzas armadas soviéticas sólo podrían ayudar a Inglaterra, Francia y Polonia, en caso de guerra con Alemania, a condición de que Polonia las autorizase a cruzar por su territorio. La Unión Soviética no tenía otro medio para entrar en contacto con el enemigo. Pues bien, cuando en las conversaciones militares a que nos estamos refiriendo los representantes soviéticos plantearon el problema, perfectamente legítimo e insoslayable, del paso eventual de las tropas soviéticas por territorio polaco, el gobierno de Polonia contestó negativamente. Inglaterra y Francia, por su parte, no hicieron nada efectivo por modificar esta situación» (23).

A esto, que a los historiadores soviéticos les parece suficientemente elocuente, añaden que en tanto su país estaba dispuesto a contribuir con 136 divisiones, 5.000 cañones, 10.000 tanques y más de 5.000 aviones, «el gobierno inglés no deseaba asumir ninguna clase de obligaciones concretas frente a la U.R.S.S.» y acusa a los que llama «los muniquestes» de deslealtad. Según esta versión fueron estas razones las que «determinaron al Gobierno soviético a aceptar la propuesta alemana de concertar un pacto de no agresión entre Alemania y la U.R.S.S.», afirmación desmentida por el hecho probado de que la iniciativa partió de Moscú.

Lo que parecía imposible se había producido ante el asombro de todo el mundo y la decepción de los aliados. Las gentes no llegaban a comprender cómo nazis y bolcheviques, enemigos irreconciliables, se retrataban juntos, sonrientes y felices, y resolvían sus profundas diferencias ideológicas en un ambiente de extrema cordialidad. Una vez más se demostraba que actos tan esencialmente inmorales son posibles cuando se sitúan los intereses del Estado por encima de imperativos de conciencia. Algo que ni polacos ni españoles podremos entender jamás a pesar de que, tanto ellos como nosotros, hayamos visto, en nuestra constante defensa de los ideales que profesamos, frecuentemente traicionados por los que debieran haber sido nuestros aliados naturales.

Tanto cuando luchábamos por la Cristiandad, como cuando lo hicimos por la Fe católica frente a la Riforma, o en los tiempos actuales, cuando en contiendas internas nos enfrentábamos los que

(23) Academia de Ciencias de la URSS: *Ob. cit.*, p. 505.

defendíamos con ardor y sinceridad lo que creíamos justo y conveniente para nuestras patrias respectivas, hemos sufrido la dura contrariedad y la profunda desilusión de contemplar cómo, contra natura, los que creíamos amigos se unían a nuestros adversarios para defender sus mezquinos intereses.

No es pues de extrañar que cuando el 21 de agosto se supo la inminente firma del acuerdo que sellaría temporalmente una amistad difícilmente duradera —pues, como muy bien dijo Gafencu, «*Nada podía impedir el desenlace fatal, la colisión cierta, entre dos seres absolutos, demasiado semejantes para no ser contrariados*»— (24), al asombro acompañara la decepción, la irritación, el desconcierto o el desagrado, éste prácticamente general, de todos los españoles, cualquiera que fuera su ideología.

El gran historiador Jaime Vicens Vives escribió en «Mil lecciones de la Historia»: «*Nadie podrá olvidar jamás la traición que la Alemania nazi (sic) hizo a la causa de Occidente el 23 de agosto de 1939. El pacto concertado en tal fecha abría al comunismo soviético fabulosas posibilidades de expansión en Europa y Asia. Sólo el rabioso fanatismo fascista, el culto a la violencia y el desprecio a todo valor cultural, explican la tremenda ceguera de Hitler y Ribbentrop en aquel aciago momento*» (25).

Oficialmente el acontecimiento no tuvo la repercusión que merecía. La rígida censura impuesta por la Ley de Prensa de 1938 hizo que, fuera de los titulares con que se anunciaba el acontecimiento, apenas se encuentren artículos de fondo en que se comenten.

A pesar de todo tienen interés las crónicas que desde Londres enviaba Luis Calvo a «ABC», periódico en el que también escribían de estos temas Andrés Revesz y José María Salaverría. Conviene destacar la siguiente frase de este último: «*El destino de Europa, escribía el día 24 de agosto, se halla en poder de unas pocas almas, o acaso de una sola alma. Y sucederá lo que esas pocas o esa única alma decidan en un instante de inspiración, de exasperación o de incontenible equivocación*» y añadía: «*Europa se halla encinta de un monstruo: la guerra*».

(24) Grigori GAFENCU: *Ob. cit.*, p. 43.

(25) Jaime VICENS VIVES: «*Mil lecciones de la Historia*». Tomo II, p. 235. Gallach, 1951.

En «La Vanguardia» de Barcelona y el «Ya» de Madrid, escribía Augusto Assía, el 28 de agosto: «*Polonia, por su parte, sigue la táctica de a Dios rogando y con el mazo dando. Los templos, los sobrios e impresionantes templos polacos, con sus imágenes esquemáticas, se llenan de fieles implorando por el mantenimiento de la paz*», y da la noticia de que Skladkowski, Jefe de Gobierno, asistió a una de estas celebraciones religiosas.

En «Arriba» destacan las crónicas que desde Roma enviaba Jiménez Arnau y desde Berlín Ramón Garriga, éstos tan germanófilos como los anteriores aliadófilos, aunque unos y otros se atienen a la línea oficial que apoya decididamente la solución negociada del conflicto y denuncia la «terquedad» polaca.

Sin embargo la decisión de Hitler estaba tomada y no tuvo otra variación que la de posponer unos días la invasión de Polonia, fijada para el 26 de agosto y que retrasó al encontrarse con la sorpresa de que Gran Bretaña y Francia no cedían al chantaje, reafirmaban su garantía a Polonia y se declaraban dispuestas a hacer honor a su palabra.

Polonia durante la II Guerra Mundial

Cuando el 1 de septiembre lanzó sus tropas hacia adelante, la guerra era inevitable y de nada sirvieron los intentos del Papa y de Mussolini por evitar lo que ya era inevitable.

Los polacos hicieron frente a la invasión con estoicismo y un cierto optimismo. Confiaban en sujetar a sus enemigos el tiempo suficiente para que sus poderosos aliados occidentales obligaran a los alemanes a distraer sus fuerzas y darles la ocasión incluso de contraatacar. Frente a los Grupos de Ejército A y B de von Rundstedt y von Bock, constituidos por los Ejércitos 8.º (Blaskowitz), 10.º (Reichenau), 14.º (List), 3.º (Küchler) y 4.º (Kluge), que desplegaban desde la frontera eslovaco-polaca hasta la Prusia Oriental sus 45 divisiones, con otras diez en reserva, los polacos, que no habían concluido su movilización, situaron 37 divisiones y 14 brigadas en un dispositivo lineal que facilitaba notablemente la acción de los atacantes.

El Ejército del Narew, al mando de Mlot-Fijalkowski; la Agrupación Wyskow, al del General Skwarczynski y el Ejército de

Modlin al de Przedrymirski se oponían al tercer Ejército alemán que cubría la Prusia Oriental. El de Pomerelia, dirigido por Bortnowski, ocupaba el «pasillo» y con el de Poznan del General Kutrzeba se oponían al cuarto Ejército alemán. El de Lodz, conducido por Rommel, hacía frente al décimo Ejército alemán y su ala derecha, enlazada con la izquierda del de Poznan, vigilaba al octavo, al decimocuarto se oponían los Ejércitos de Cracovia y de los Cárpatos, mandados por los Generales Szylling y Frabrycy. Cubriendo los acceso a Lublin y Varsovia, los Ejércitos de Prusia de Dab-Biernacki y la Agrupación del General Pyskor.

El plan alemán era sencillo: una maniobra de doble envolvimiento que enlazaría a la altura de Brest-Litowsk a los Grupos de Ejército A y B, dejando embolsados a todos los contrarios en tanto el décimo Ejército avanzaría rápidamente hacia Varsovia. En su progresión estarían apoyados por los Ejércitos aéreos de Kesselring y Loehr (1.º y 4.º) que actuarían en provecho, respectivamente, de von Bock y von Rundstedt.

Con una neta superioridad aérea y terrestre, especialmente en medios mecanizados y blindados, y frente a un despliegue claramente erróneo, los alemanes dieron rápidamente cuenta de sus enemigos que, por añadidura, el día 17 se vieron atacados por la espalda por el ejército soviético, que alegó para intervenir que *«de hecho, el estado polaco y su gobierno habían dejado de existir»*, por lo que se veían en la obligación de impedir que su territorio pudiera ser *«un campo de acción propio a toda clase de manejos y sorpresas susceptibles de constituir una amenaza para la U.R.S.S.»*, que no podía *«permanecer indiferente mientras sus hermanos de sangre, ucranianos y rusos blancos, habitantes de una Polonia abandonada a su suerte, han quedado indefensos»* (26).

Ese mismo día pedían asilo en Rumania el presidente Moscicki, su jefe de gobierno Sladkowski, el Mariscal Rydz-Smigly y todos los ministros, incluidos el Coronel Beck. Las tropas todavía resistían y Varsovia lo haría hasta el día 28, fecha en la que Moscú y Berlín delimitaron definitivamente sus zonas de influencia y el reparto del desaparecido Estado polaco. Alemania cedía Lituania y como contrapartida se reservaba el distrito polaco de Souwalki y parte de la provincia de Varsovia, además de la de Lublin, an-

(26) A.S.W. (Archives secretes de la Wilhelmstrasse), tomo VII (Les années de la guerra), libro 1.º, París Plon, 1957. Documento núm. 117, p. 146.

teriormente asignadas a los soviéticos que conservaban los pozos petrolíferos de Rohobycz y Boryslaw.

Otro protocolo permitía la emigración hacia Alemania de todos los ciudadanos de los países bálticos de origen germánico y un tercero comprometía a ambas partes a no tolerar ninguna agitación polaca que pudiera afectar al territorio de la otra.

Todavía resistían los polacos en la península de Hela, que no se rindió hasta el 2 de octubre. Los alemanes hicieron 694.000 prisioneros a costa de solamente 10.572, 3.409 desaparecidos y 30.332 heridos, según cifras facilitadas por Hitler el 30 de septiembre. Los rusos no dieron la de los que cayeron en su poder, pero a juzgar por el número de víctimas de Katyn debió ser también muy elevada.

El pueblo polaco culpó a sus dirigentes, que desaparecieron de la escena política. Con el Estado también dio fin el régimen de Pilsudski y renació la discordia interna. Moscicki resignó sus poderes y nombró como sucesor a Wladislao Racziewicz, que nombró jefe de gobierno al General Sikorski, que había sido separado del ejército en 1926 y que era francófilo convencido. Residente en Francia, allí formó un gobierno en el que figuraron los generales Haller y Sonskowski, aquél héroe de la independencia y éste distinguido frente a los alemanes al mando de las divisiones 11 y 38, que consiguieron romper por tres veces el cerco en que pretendió cerrarle el decimocuarto ejército alemán.

Ese gobierno, establecido sucesivamente en París, Angers y Londres, dirigiría la resistencia externa constituyendo unidades terrestres y aéreas que se unieron a los aliados y combatieron en todos los frentes de éstos. En el interior, por su parte, no tardó en organizarse la oposición a los ocupantes del país, tanto alemanes como soviéticos. El 3 de octubre, sólo un día después de que se rindieran los últimos soldados polacos, se reunían en un sótano de la Caja de Ahorros Municipal de Varsovia, el General Tokarzewski, que ya había intentado organizar la resistencia en la zona ocupada por los soviéticos; el Coronel Rowecki; el presidente del senado, Ratai; el profesor Rybarski; el alcalde de Varsovia, Starzynski, y distintos representantes de los partidos, que decidieron crear la SZP, iniciales de Sluzba Zwyciestwu Polski (por la victoria

de Polonia), de la que se nombró jefe al Coronel Rowecki, ascendido a general por el gobierno en el exilio (27).

Naturalmente los comunistas no participaron en esa organización e incluso, con ayuda alemana, crearon la Liga de Amistad Ruso-polaca. Fue la conducta que observaron en todos los países mientras se mantuvo el acuerdo germano-soviético y ello determinó que en Francia los periódicos de esta tendencia fueran suspendidos el 27 de agosto y el propio partido disuelto el 27 de septiembre.

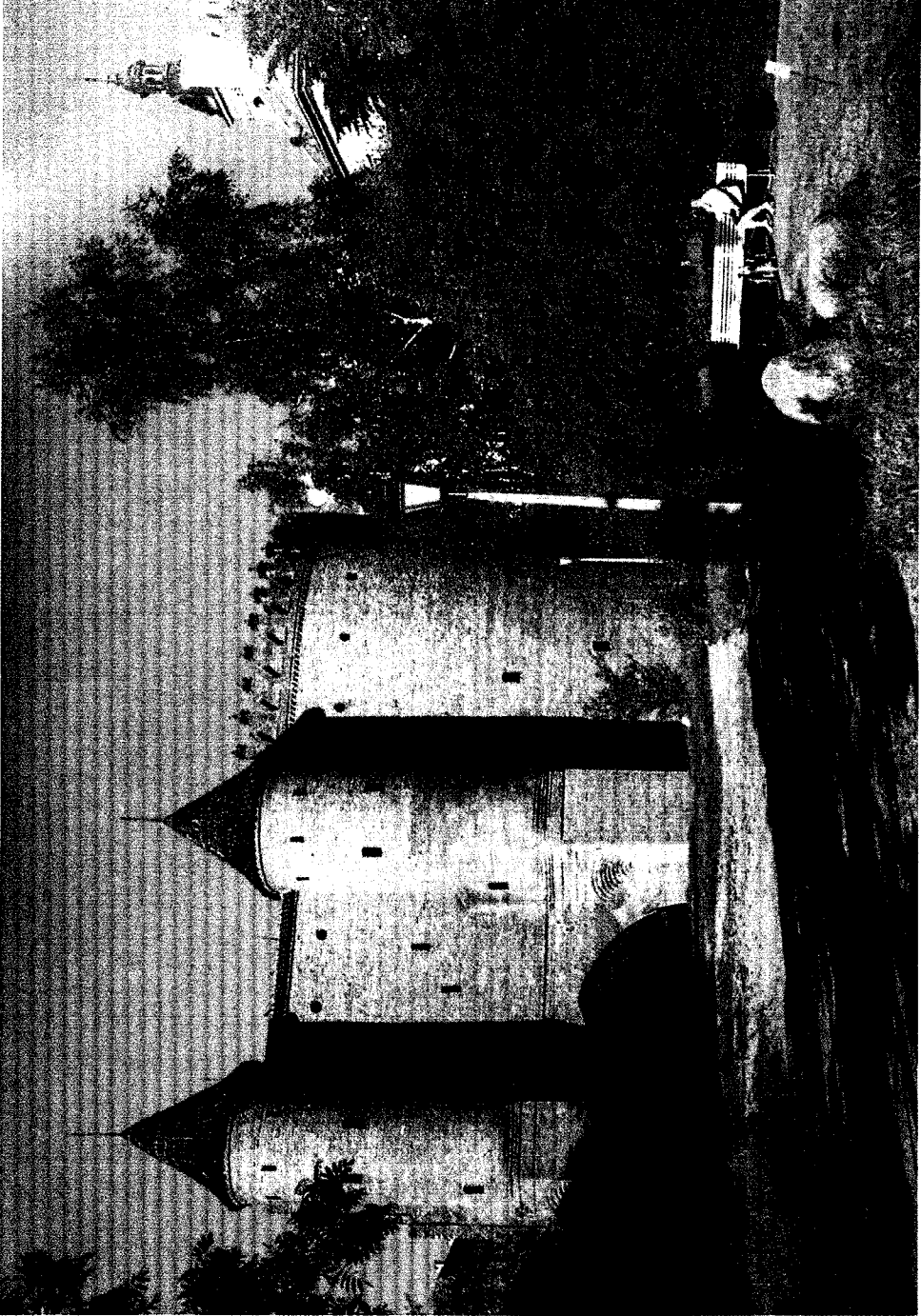
El movimiento de resistencia fue puesto teóricamente en subordinación al gobierno exiliado pero sus miembros no veían con agrado el nombramiento de Sosnkowski como ministro de la guerra y jefe de todas las fuerzas polacas del interior y el exterior y surgieron así una serie de grupos de diferente significación que finalmente terminaron por unificarse. El SZP dio paso a la ZWZ (Organización para la Lucha Armada) y ésta, ya después de la invasión de la Unión Soviética, al Ejército Nacional (Armia Krajowa) que se formó el 14 de febrero de 1942 y en el que se reunieron hasta unas cincuenta agrupaciones de distinto signo.

Para entonces también los comunistas se habían sumado a la resistencia y en julio de 1941 la U.R.S.S. reconoció al gobierno polaco en el exilio, firmando con él un pacto de amistad y ayuda mutua.

En los frentes europeos y africanos eran ya muchos los polacos entre los combatientes. Los primeros en organizarse fueron los que al mando del General Kopanski constituyeron una Brigada en Siria y los que se integraron en una División que luchó en la Francia metropolitana. También hubo presencia polaca en el Cuerpo expedicionario franco-británico que debiera haber salido el 13 de marzo de 1940 en auxilio de los finlandeses y que más tarde lucharía en Narvik. Todos ellos, así como los aviadores que se incorporaron a la RAF, lucharon con heroísmo y se hicieron notar por su valor en cuantas acciones intervinieron.

Poco antes de que Francia pidiera el armisticio, la 2.^a División polaca, que mandaba el General Prugar-Kettling, se internó en

(27) Kurt ZENTNER: «Historia ilustrada de la resistencia en Europa. 1933-1945». Bruguera, 1975, p. 360.



Barbacana de Varsovia. (Siglo XVI)

Suiza y casi todos sus hombres lograron reincorporarse a la contienda. La Brigada Kopanski pudo abandonar Siria y unirse en Palestina a los británicos y pronto se integró en el VIII Ejército, destacándose por su comportamiento en la defensa de Tobruk. La afluencia de nuevos voluntarios, muchos de ellos procedentes de la Unión Soviética, donde estuvieron prisioneros hasta que se firmó el tratado que transformaba en aliados a los antiguos enemigos, lo que hizo posible constituir nuevas unidades que con las recuperadas de Noruega permitieron crear nuevas divisiones. Dos de ellas, la 3.^a y la 5.^a, al mando del General Anders, formaron en el norte de Africa el II Cuerpo de Ejército que después de expulsar a los alemanes de aquel continente participarían en la campaña de Italia donde brillaron en el ataque y conquista de Monte Casino.

Elevado Anders al mando supremo de todas las fuerzas polacas bajo el mando de los aliados occidentales, le sustituyó en el II Cuerpo de Ejército el General Szysko Bottusz, que continuó en el frente italiano. En el desembarco de Normandía participó la 1.^a División polaca conducida por el General Muezek y formando parte del Cuerpo de Ejército Aerotransportado británico se distinguió en Arhem la I Brigada de paracaidistas que mandaba el General Sosabowski. Todas esas unidades, y los escuadrones aéreos que las apoyaban, lucharon siempre en los puestos de mayor riesgo con la consideración y el prestigio de tropas de choque.

Pero donde fue mayor la contribución de los polacos a la victoria de los aliados fue, naturalmente, en la Unión Soviética. Allí el General Zigmunt Berling organizó y mandó la División Tadeus Kosciusko que, constituida el 9 de mayo de 1943, sería germen de nuevas unidades hasta llegar a estructurar nada menos que dos ejércitos. El primero mandado por el General Poplawski y el segundo por el General Swierczewski, bien conocido en España donde con el nombre del General Walter mandó sucesivamente la XIV Brigada Internacional y las divisiones «A» y 35.

Hasta el año 1944 todos los combatientes parecían unidos en la defensa de una causa común: la reconquista de la Patria y la reconstitución del Estado, pero pronto aparecieron profundas diferencias entre los que luchaban en los ejércitos soviéticos y los que lo hacían en los británicos. Las causas de discordia eran múltiples pero fundamentalmente dos. Los diferentes criterios en cuanto a las fronteras de la futura Polonia y los derivados por la difusión de las matanzas de Katyn.

La U.R.S.S. no parecía en absoluto dispuesta a devolver a Polonia los territorios de que se adueñó en septiembre de 1939 y este hecho era aceptado por los que formaban parte de sus tropas, a los que en compensación se ofrecía extensas comarcas de Prusia, Silesia y Pomerania, pero rechazado en absoluto por el gobierno exiliado en Londres.

Sin embargo fue la segunda la que determinó la ruptura. Los alemanes informaron al mundo que habían encontrado en Katyn los cuerpos de 11.000 oficiales polacos asesinados por los soviéticos e invitaron a doce médicos forenses para que pudieran comprobar la veracidad de la noticia. Su autenticidad quedó plenamente demostrada y ocasionó una fuerte tensión entre Sikorski y Stalin. Este no sólo negaba lo evidente sino que acusó a los polacos de Londres de actividades antisoviéticas y rompió sus relaciones con ellos el 26 de abril de 1944, declarando expresamente que deseaba tener en Varsovia un gobierno amigo.

Sikorski había muerto en accidente de aviación el 4 de junio de 1943 en Gibraltar y le había sustituido el dirigente campesino Micolaiczuk, que fue fuertemente presionado por británicos y norteamericanos para que aceptara las exigencias soviéticas, tanto en lo relativo a las futuras fronteras de su país como en lo de silenciar lo sucedido con los oficiales prisioneros en la U.R.S.S. y cuya muerte Stalin decía debida a los alemanes, llegando incluso a violentar para que fuera incluido en el acta de acusación ante el Tribunal de Nuremberg. Sin embargo la petición del fiscal soviético no prosperó y se prefirió olvidar el asunto que, no obstante, siguió haciendo muy difíciles las relaciones entre los gobiernos de Polonia y la Unión Soviética.

En Moscú el General Berling y muchos de sus hombres, bajo la dirección de Wanda Wassiliewska, una polaca casada en Rusia con un ucraniano, figura importante del Partido, constituyeron la que se denominó Unión de Patriotas Polacos en la U.R.S.S. y apoyándose en esta organización se propició la formación del Comité Polaco de Liberación Nacional que el 31 de diciembre de 1944 se autodenominó gobierno provisional de Polonia. Ocupó la Presidencia y el Ministerio de Asuntos Exteriores el dirigente comunista Eduard Osobka Morawski; la vicepresidencia Wanda Wassiliewska, la cartera de Defensa el General Rola Zymirski y la subsecretaría el ya Teniente General Berling. Se incorporaron algunas figuras no

comunistas y se ofreció la vicepresidencia del Ministerio de Agricultura al viejo dirigente populista Andrej Witos, que no aceptó siendo sustituido por un pariente suyo de su mismo apellido.

Estos acontecimientos tuvieron su reflejo en Londres donde parte del gobierno, incluido su presidente, optaron por negociar con el comité de Lublin al objeto de crear un gobierno único aceptable por todos los polacos. Para entonces las tropas soviéticas, y con ellas los Ejércitos I y II polacos, luchaban ya en territorio de la patria de éstos y había sido aniquilado el gran levantamiento protagonizado por el ejército clandestino polaco, mandado por el General Bor-Komorowski. Este dio la orden de insurrección el 1 de agosto de 1944 y mantuvo su resistencia, heroica y desigual, durante 56 días, viéndose obligado a rendirse cuando había llegado al límite de su capacidad de resistencia. Durante ella murieron del orden de los 100.000 soldados de cada bando y no menos de 200.000 paisanos. Bor-Komorowski consiguió la admiración de todo el mundo a pesar de la derrota y al caer prisionero le sustituyó el General Okuclicky. En ese ejército clandestino llegaron a integrarse más de un cuarto de millón de hombres y en él no tuvieron parte los comunistas que, sin embargo, sí participaron en la resistencia, aunque su campo de actividad fue más el de la retaguardia soviética sobre los territorios polacos ocupados por los rusos en el año 39. Allí, en unión de los partisanos rusos y ucranianos, constituyeron la «guardia popular», que dirigió el Coronel Moczar.

Mientras tanto en Londres surgía si no la discordia sí la discrepancia. Micolajczyk dimitió y le sustituyó el líder socialista Tomás Arciczewski, refractario a cualquier cesión sustancial tanto en cuanto a poner en duda la legitimidad de su gobierno como a reconocer las nuevas fronteras que se le querían imponer. Sin embargo, predominó la opinión contraria ante la fuerte presión de los aliados y se aceptó la fórmula de iniciar conversaciones en Moscú para llegar a la constitución de un único gobierno polaco. A este fin se formó la que se llamó «comisión de los 16», integrada por representantes de Londres y de la resistencia interior polaca, que irían a Moscú a entrevistarse con los representantes máximos del Gobierno de Lublin: Boleslav Bierut, que había sido designado a título provisional Presidente de la República, Osobka Morawski, Jefe del Gobierno; Wladislaw Kowalski y Wladislaw Gomulka, dirigentes del Partido Comunista polaco. Contra toda norma jurídica internacional todos los miembros de la comisión de los 16 fueron detenidos y aprisionados el 27 de marzo de 1945

cuando llegaron a Moscú y sometidos a juicio por actividades antisoviéticas. Comparecieron ante el tribunal el 18 de junio y todos ellos, salvo tres, fueron condenados a diversas penas, entre las que destacan los diez años de prisión con que se sancionó al General Okulicki, jefe del ejército clandestino del interior, los ocho con que fue castigado el socialista Jakouwski y los cinco con que se penó a Jaslukowitz y Bien, representantes del partido nacional y del campesino, respectivamente.

A pesar de tan inconcebible medida se llegó finalmente a la constitución de un gobierno nacional el 28 de junio de 1945. Lo presidía Osobka Morawski y en él eran vicepresidentes Gomulka y Mikolayczyk. La presencia de este último le daba un carácter de concentración nacional, pero para Stalin, que ya tenía en Varsovia un gobierno amigo, esto no era suficiente y no tardaría en desprenderse de sus eventuales colaboradores y disponer en sus fronteras occidentales de un gobierno netamente comunista de dictadura del proletariado.

Polonia, víctima de la agresión alemana y causa inmediata de la II Guerra Mundial, formalmente originada por la garantía que se otorgó a sus fronteras de Versalles, vio cómo éstas eran modificadas de forma sustancial con la complacencia de sus garantes de seis años antes, que tampoco habían respetado el principio básico, tanto en el pacto del Atlántico como en el tratado de San Francisco, de que a ningún país se le impondría un gobierno que no fuera el deseado por sus habitantes.

Lo más que hicieron los británicos fue ofrecer su nacionalidad a los polacos que habían luchado heroicamente bajo sus banderas y que no deseaban regresar a una Polonia dirigida por un gobierno que no consideraban legítimo. Hoy, cincuenta años después de que se vieran obligados a abandonar su patria, pueden ver con optimismo el futuro de su nación en la que parece abrirse el horizonte hacia un régimen en el que tengan cabida todos los polacos, cualquiera que sea su ideología o religión. Esa nación benemérita y mártir, pieza esencial del equilibrio europeo, merece renacer con el apoyo de todos.